

# La página viva

## El viento del desierto

José de la Colina

*El rasgo común a todas las creencias semitas, dichosas o desdichadas, fue siempre y en cualquier parte el menosprecio del mundo terrenal. Una violenta reacción contra la materia hacía que los profetas predicaran la sobriedad, la renunciación y la pobreza. Tal fuerte atmósfera mental embriagaba el espíritu de los hombres del desierto. Los árabes tienen un agudo sentido de esa pureza propia de la indigencia. Lo advertí por primera vez, hace años, el día en que habíamos cabalgado muy lejos por las movedizas llanuras del norte de Siria hacia unas ruinas del periodo romano. Eran, me dijeron, los restos de un palacio que una reina había erigido en el desierto para su esposo, señor de la región fronteriza. Añadieron que la arcilla de la construcción había sido, para un mayor lujo, amasada, no con agua, sino con aromas de flores. Olfateando el aire como perros, mis guías me conducían de sala devastada en sala devastada, diciendo: “Aquí, el jazmín; aquí, la violeta; aquí la rosa”.*

*Al final, Dahum me dijo: “Ven a oler el perfume más gustoso”. Entramos en el recinto y, en los huecos de las ventanas desnudas de la fachada oriental, bebimos a grandes tragos el viento del desierto cuyo latir nos excedía sin torbellino ni violencia.*

*Esa tranquila respiración del viento había nacido en alguna parte del lejano Éufrates y durante innumerables días y noches se había abierto un camino entre hierbas muertas hasta su primer obstáculo: los muros, obra humana, de aquel palacio en ruinas. Y parecía demorarse rodeándonos con pueriles murmullos. “He aquí el mejor perfume —dijeron mis guías—: el que no tiene olor”.*

*Aromas y lujo no valían para ellos como una pureza que nada debía al hombre.*

*El beduino, nacido y formado en el desierto, acoge con toda el alma esa sobriedad demasiado áspera hasta para los más amigables extranjeros. Es que sólo gracias a ella*

*él se descubre libre; y así lo siente, aunque no lo diga.*

T.E. Lawrence,  
*Los siete pilares de la sabiduría.*  
(Versión de J. de la C.)

\* \* \*

Más acá de la heroica leyenda de audaz guerrero, de glorioso estratega y de aven-



T.E. Lawrence

turero soñador, esa epopeya que ha sido magnificada por el cine sobreproducido (en el que se le dio la alta estatura física y las actitudes narcísicas de Peter O'Toole para una demasiado espectacular película que obligaba al protagonista a rivalizar con la deslumbrante fotogenia del desierto), el inglés y específicamente galés Thomas Edward Lawrence (1888-1935), el otro célebre Lawrence de las letras inglesas, el “Lawrence de Arabia” hacedor de su mito, fue un conocedor en letras clásicas, en arqueología, en lengua y dialectos árabes, y fue agente secreto y soldado del imperio británico y jefe guerrillero al servicio de emiratos soñadores de un imperio islámico, y finalmente fue un hombre deseoso de desvanecerse en el anonimato como mero soldado bajo los nombres de John Hume Ross, o T.E. Shaw, o T.E. Smith (¡Smith, el apellido quizá más común en lengua inglesa!)... Pero sobre todo ha de recordársele como un extraordinario escritor, el autor de un libro, *Los siete pilares de la sabiduría*, que narra su epopeya vivida al servicio de su propio, grandioso sueño de conquistador con un ideal romántico: “Yo soñaba en forzar al Asia a tomar la nueva forma empujada por el tiempo hacia nosotros. La Meca debía conducir a Damasco, Damasco a Anatolia y luego a Bagdad y finalmente al Yemen. Ilusiones fantásticas, opinarán quienes quieran juzgar mi empresa como una ordinaria empresa militar”.

Sueños imperialistas o egolátricos aparte, Lawrence fue un enamorado del vasto y desnudo desierto en el que los soleados o nocturnos horizontes sin fin parecen suscitar la embriaguez de hazañas a la vez guerreras y místicas. Y tal vez en esta página, en la que habla de un viento sin aroma, de una respiración pura del desierto, quiso Lawrence anunciar su final deseo de una pureza esencial y de la grandeza de ser *nadie* después de haber sido varios hombres simultáneos. ▣